

REFLEXIONS

La biografía como experiencia historiográfica

Juan Francisco Fuentes

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

“La historia no existe, sólo la biografía.”

Ralph Waldo Emerson, *Essays* (1841-1844)

Puede que los historiadores que estudien en el futuro la evolución de la historiografía española, con sus líneas de continuidad, sus puntos de inflexión y sus momentos de ruptura, sitúen en la próxima aparición del *Diccionario biográfico español* publicado por la Real Academia de la Historia un hito que marcó un antes y un después en la relación de los historiadores españoles con su profesión. Su indudable utilidad como obra de referencia, junto a la magnitud y la complejidad de la empresa y el rigor con que se llevó a cabo, bastarán para justificar ese valor evenemencial que le atribuirán sin duda los estudiosos de nuestra historiografía. Pero es posible también que en el futuro, cuando haya transcurrido el tiempo necesario –no demasiado– para confundir las cosas en la lejanía, el *Diccionario biográfico* se tome como paradigma de una

gran ruptura historiográfica que habrá puesto fin a la relación distante y más bien problemática que durante mucho tiempo ha existido entre nuestra historiografía y el género biográfico.

Todo lo anterior tiene un margen de subjetividad tan amplio y, en cierta forma, tan arbitrario que sólo es admisible en un texto como éste que parte de la propia experiencia historiográfica personal y que, por tanto, tiene la subjetividad no como una servidumbre científica, sino como parte esencial de una determinada voluntad de estilo acuñada en exclusiva para esta ocasión. ¿Es defendible la afirmación de que la biografía ha sido un género maldito entre los historiadores españoles? ¿Será cierto que el *Diccionario biográfico* de la Academia de la Historia llegará a ser considerado en el futuro como el fin de una doble maldición historiográfica, por llenar un vacío clamoroso en el utillaje básico de nuestra historiografía y por sellar la reconciliación entre los historiadores españoles y el género biográfico? Esa “doble maldición” ¿permitiría hablar de la existencia de un déficit de biografías y, a la vez, de positivismo “del bueno” –diccionarios, prosopografías, repertorios documentales, etc.– en la tradición historiográfica española?

Empezando por el valor que en el futuro se atribuya al *Diccionario biográfico*, creo que su aparición vendrá a dar estado oficial, más que a inaugurar, un cambio profundo en la historiografía española. Su existencia señalará un hito en una larga transición historiográfica que seguramente no es ajena a la propia transición y consolidación democrática española y que ha contribuido a normalizar la relación de los historiadores con su profesión en varios sentidos: han podido desempeñar una función que en el pasado, para algunos temas y periodos históricos, estuvo casi reservada a los hispanistas, han liberado a la biografía de los prejuicios y tabúes que durante mucho tiempo pesaron sobre ella y se han aplicado a corregir un déficit de historia positivista y de historia política que lastraba gravemente la modernización de nuestra historiografía. Como suele ocurrir en estos casos, algunos historiadores españoles se han entregado a estas tareas con el fanatismo del converso.

Es un lugar común, no sabría decir hasta qué punto acreditado, que en España los géneros literarios e historiográficos de carácter individualista –biografías, autobiografías, memorias, diarios y epistolarios– han tenido

escasa aceptación, diría incluso que han estado bajo sospecha, y que esa valoración negativa de la “escritura del yo” explicaría la pobre aportación española a estos géneros. A llenar ese supuesto vacío vendría el Premio Comillas de autobiografía, biografía y memorias de Editorial Tusquets que se viene concediendo desde su primera edición en 1988 hasta nuestros días. No estoy seguro de que tal vacío exista en lo referente a las autobiografías y memorias, pero sí parece que durante generaciones los historiadores españoles han descuidado el género biográfico y que de esa desatención resulta la ausencia llamativa, por lo menos hasta fechas recientes, de biografías de verdadero fuste sobre personajes de primera línea de la España contemporánea, como Manuel Godoy, Fernando VII, Isabel II, Mendizábal, Juan Prim, Sagasta, Pablo Iglesias, Alcalá-Zamora, Largo Caballero o Indalecio Prieto –este último carece todavía de una verdadera biografía. En cambio, disponemos de un corpus nada desdeñable de autobiografías, diarios y memorias políticas, desde la primera gran oleada que registra la España contemporánea a mediados del siglo XIX hasta la última etapa de nuestra historia política –el aznarismo–, pasando por todos aquellos momentos históricos que por su intensidad y dramatismo dejaron para la posteridad una rica literatura memorialística producida por sus protagonistas y demandada por un público ávido de este tipo de obras. Junto a la Guerra de la Independencia y a la Revolución liberal en sus distintas fases, cabe destacar la abundante aportación de los líderes políticos de la Segunda República y de la Transición democrática al género de las autobiografías y memorias. Por el contrario, tanto la Restauración canovista como la etapa socialista presidida por Felipe González, también relativamente prolíficas, presentan algunos rasgos propios que las apartan del canon que cabría establecer en el funcionamiento del género autobiográfico. Así, el desencadenante de las memorias de la Restauración no es, como en otros periodos, el carácter turbulento y efímero de una época pasada, sino el protagonismo de la política –y de un tipo de política muy personalista– en el régimen canovista y la sensación de crisis permanente que vive el país desde 1898. En cuanto a las memorias de la era socialista –las de Pablo Castellano, Joaquín Almunia, Alfonso Guerra o Joaquín Leguina, por ejemplo–, dentro del muy desigual interés político y literario de estas obras, tienen, en mi opinión, el hándicap de constituir el

testimonio fallido de una clase política que a estos efectos, en parte por razones generacionales y en parte por su formación intelectual, podemos considerar ágrafa. No es, claro está, que sus miembros carezcan de las dotes intelectuales necesarias para rellenar dignamente cuatrocientas páginas, sino que, en su mayor parte, desconocen los códigos formales del género autobiográfico. Por eso, sin duda, el mejor testimonio de este periodo es el que recogió María Antonia Iglesias en su libro *La memoria recuperada* (2003), que puede leerse como unas apasionantes memorias orales de la generación de Felipe González, liberada del corsé expresivo de la escritura mediante el eficaz artificio literario concebido por la autora.

No parece evidente, en todo caso, que haya un déficit de memorias y autobiografías en la historia contemporánea de España, salvo el vacío parcial que registra la etapa franquista, atribuible en parte a la relativa ausencia de cosas que contar en un periodo marcado por la voluntad inmovilista del franquismo y al riesgo que entrañaba desvelar las intimidades del régimen. Recuérdese que el libro *Mis conversaciones privadas con Franco* (1976), diario personal del primo y secretario del dictador, tuvo que esperar a la muerte de este último para ver la luz. Por el contrario, es muy posible, como hemos visto, que nuestra historiografía haya mostrado durante mucho tiempo una cierta desidia hacia el género biográfico, que, en mi opinión, se puede explicar por la sucesión de estos dos factores: la larga permanencia de una mentalidad católica contraria a la exaltación del individuo como un ser autónomo, dueño de sus obras y en pugna con su destino, y opuesta, en general, a una visión individualista de la vida y de la historia que la cultura tradicional identificaba con el liberalismo, y la emergencia en los años sesenta de una pujante historiografía marxista que, durante algún tiempo, vio con notoria desconfianza el género biográfico, asociándolo –como en el caso anterior– al individualismo liberal y a una concepción de la historia que incurría en una doble y perversa primacía de lo político sobre lo social y lo económico y de lo narrativo sobre lo causal y lo estructural.

Esta fase especialmente dogmática y un poco infantil de nuestra historiografía marxista corresponde sobre todo a los años setenta, una década que por diversas circunstancias fue poco propicia a la biografía. Mi impresión es que al final de aquella década el contemporaneísmo español

más próximo al marxismo inició un giro metodológico hacia posturas más abiertas y flexibles que le llevó a ver con menos prevención el género biográfico. Puede que mi propia experiencia sirva para ilustrar su hipotética rehabilitación desde una historiografía de izquierdas. La primera biografía que escribí me fue propuesta por esas mismas fechas (1979) como tema de mi tesis doctoral por quien habría de ser su director, Alberto Gil Novales, que me señaló la ausencia de una biografía del abate Marchena más allá del viejo estudio biográfico, concebido como introducción a sus obras completas, publicado en su día por Menéndez Pelayo. Esa ausencia resultaba especialmente llamativa al existir ya un repertorio de biografías de gran calidad de personajes de la Ilustración y del primer liberalismo español, como la de Meléndez Valdés por Georges Demerson, la de Martínez de la Rosa por Jean Sarrailh, la de Manuel José Quintana por Albert Dérozier, la de Forner por François López o la que tenía ya muy adelantada Gérard Dufour sobre Juan Antonio Llorente. De otras figuras de la época, como Jovellanos (Javier Varela), Moratín (René Andioc), Lista (Juretschke), Flórez Estrada (Ch. Lancha), Larra (C. Seco, J. Escobar, J. L. Valera y S. Kirkpatrick), Espronceda (Robert Marrast) o Miñano (A. M. Berazaluce y Claude Morange), había biografías en marcha o ya publicadas, aunque en algunos casos el resultado no pasó de aproximaciones parciales a la vida del personaje o de la edición de sus obras.

Nótese que la mayoría de estas incursiones en el género corresponden a hispanistas franceses y, por tanto, no tienen valor estadístico a la hora de pulsar el interés de los historiadores españoles por el género. Presentan, además, una doble singularidad: no se trata, en general, de biografías políticas, sino de ensayos biográficos sobre escritores que en un momento determinado tuvieron una intensa actividad política; en segundo lugar, al proceder del campo del hispanismo, a mitad de camino entre la historia y la literatura, la mayoría de los autores llegaron al género con el problema del estilo resuelto. Para dedicarse a la biografía y hacerlo con la dignidad literaria que exige el género no necesitaron, pues, que la historiografía hegemónica declarara rehabilitados la narración, la biografía y el estilo y pusiera fin al feísmo historiográfico imperante en los años sesenta y setenta. Libre de estas influencias, el mundo del hispanismo, incluido el francés, se mantenía también a una prudente distancia de la órbita que describía por

entonces la *Nouvelle Histoire*, en una época en que, por decirlo suavemente, la biografía no formaba parte de las prioridades de esta moda historiográfica.

Por todo lo anterior, se comprenderá fácilmente que mi principal modelo al emprender mi tesis sobre Marchena fueran las biografías publicadas por hispanistas franceses sobre personajes de la misma época, una circunstancia que se vio favorecida además por la larga estancia de Marchena en Francia y, por tanto, por la importancia de las fuentes francesas, sobre todo de los Archives Nationales y de la Bibliothèque Nationale, para escribir su biografía y recuperar buena parte de sus obras. Todas estas circunstancias –la influencia del hispanismo francés, la doble faceta del personaje como escritor y político y tal vez la inercia de una actitud distante de los contemporaneistas españoles hacia la biografía– hicieron que un miembro del tribunal que en 1985 juzgó mi tesis doctoral diera por supuesto que se trataba de un trabajo de historia de la literatura y no de historia a secas. Hay que decir que esos equívocos y esas inercias del pasado empezaban a estar ya superados, y que otro miembro del tribunal, Josep Fontana, no sólo situó mi investigación en el terreno que le correspondía, sino que tuvo una intervención decisiva para que la biografía de Marchena propiamente dicha, sin los apéndices que la acompañaban, se publicara poco después como libro. Por esas mismas fechas –a finales de los años ochenta– veían la luz la biografía de Espronceda escrita por Robert Marras –también en Editorial Crítica, aunque la edición francesa databa de 1974– y la de Jovellanos de Javier Varela. Poco después apareció *El Emperador del Paralelo* de José Álvarez Junco (1990), recientemente reeditada (2005).

Éstas y otras obras publicadas por entonces, pero tal vez especialmente la de Álvarez Junco, pueden tomarse como ejemplo no sólo de la rehabilitación académica y editorial del género biográfico, sino también de un profundo cambio en su estatus historiográfico y en la concepción misma del género. Por un lado, significaban un giro hacia la historia política operado a partir de una revalorización de sus principales actores, tomados como tema de estudio preferente de la historiografía española de finales de siglo: los protagonistas individuales y colectivos de la acción política –líderes, partidos, instituciones...– y las ideas políticas y sociales en sus diversas fases y manifestaciones –su gestación, su difusión,

su encarnación en líderes y símbolos políticos, etc. El caso del libro de Álvarez Junco resultaba paradigmático, pues, por marcar una transición historiográfica que describe una doble trayectoria conceptual y cronológica: de la historia de los movimientos sociales –o, directamente, del movimiento obrero–, a la historia de las ideologías, de esta última a la historia política y de ésta a la biografía política, todo ello a lo largo de un periodo que abarcaría los últimos años setenta, la década de los ochenta y principios de los noventa. Una transición de la que podría servir de ejemplo también la producción bibliográfica de Santos Juliá en el mismo periodo, hasta desembocar en la publicación de su biografía política de Manuel Azaña (1990), aunque el hecho de que su aparición coincidiera con –y estuviera motivada por– el cincuentenario de la muerte de Azaña limita su valor como muestra de un programa historiográfico personal del autor establecido según las pautas antes indicadas: movimientos sociales / historia política / biografía política.

En todo caso, parece indudable que en España, a caballo entre los años ochenta y noventa, la biografía estaba dejando de ser patrimonio de una historiografía conservadora o liberal, de corte académico, representada por autores clásicos del género como Melchor Fernández Almagro, Maximiano García Venero, Jesús Pabón o Carlos Seco, para merecer cada vez más la atención de una historiografía de izquierdas de formación marxista. Sería fácil, y tal vez un poco precipitado, establecer una relación causa-efecto entre la descomposición del comunismo en el Este de Europa, la crisis de la historiografía marxista y la orientación de algunos de sus miembros hacia un género hasta entonces repudiado por sus connotaciones supuestamente conservadoras, en una operación que, asociándola con la caída del muro de Berlín, podríamos calificar como un “sálvese quien pueda”. Sin descartar del todo una cierta influencia de estos factores –sobre todo de la crisis de un marxismo particularmente dogmático–, la reconciliación de la izquierda historiográfica con la biografía debe atribuirse más bien, en mi opinión, a la definitiva normalización de nuestra democracia en los años ochenta y a la superación de urgencias históricas del pasado que dieron un sesgo abiertamente militante a la historiografía marxista española. Un fenómeno, por lo demás, común al de otras tradiciones marxistas occidentales movilizadas durante la guerra fría,

especialmente en los años sesenta, contra otras urgencias históricas que servían también de coartada para posturas marcadamente sectarias. La célebre polémica sobre historia y narración que tuvo por escenario las páginas de *Past and Present* (1979) representa muy bien aquel contexto y aquellas inquietudes, si bien tanto el título del artículo que desencadenó la polémica («The Revival of Narrative», de Lawrence Stone), como la respuesta bastante comedida de un historiador marxista tan cualificado como Eric Hobsbawm denotan ya un cambio notable en el clima historiográfico.

No creo, sin embargo, que la posterior dedicación de algunos historiadores de izquierdas al género biográfico y la aceptación de sus servidumbres formales y metodológicas –el papel del individuo en la historia, el valor de la narración, la primacía de la política, una voluntad de estilo...– deba verse como una rendición sin condiciones ante los cánones de una historiografía conservadora. El tipo de biografías que podemos identificar con *El Emperador del Paralelo* representa un propósito de profunda renovación del género, enriquecido con la aportación de las tendencias más recientes de la historia social y política, por ejemplo –lo señaló Octavio Ruiz Manjón en una intervención en la UIMP–, el concepto de *cultura política* como ingrediente fundamental de los nuevos estudios sobre el republicanismo español, liberados de la factura esencialmente descriptiva de las obras dedicadas hasta entonces a líderes y partidos políticos de esta corriente. En el caso de la biografía de Lerroux por Álvarez Junco, la cultura política del republicanismo español, no muy lejana de la cultura anarquista –una y otra bien conocidas por el autor–, explicaría no sólo algunos rasgos personales y comportamientos políticos del biografiado, sino, sobre todo, el eco que su discurso encontró en amplios sectores populares y el magnetismo que su figura ejerció entre ellos. Sin esa respuesta calurosa, propiciada por una común cultura política y por la habilidad del personaje para jugar con ella, Lerroux nunca hubiera llegado a ser el “Emperador del Paralelo” ni éste hubiera acabado siendo presidente del gobierno. Quien dice “cultura política republicana” en el caso de Lerroux, dice “cultura socialista” o “cultura societaria” en el caso del socialismo español y de la biografía de sus figuras más representativas, como veremos más adelante. El hecho es que este factor condicionante, que –sólo hasta cierto punto– nos devuelve a una perspectiva estructural de la

historia limitadora de la autonomía del individuo, marcaría el salto cualitativo de la biografía académica, más descriptiva y tal vez más individualista, a la nueva biografía política planteada desde un marxismo “deconstruido” que, a base de limar su dogmatismo, de reducir la influencia del medio social y de asumir como propias la historia política y la narración, ha quedado casi irreconocible.

Es muy posible que un estudio empírico demostrara que la mayor parte de los historiadores españoles que han cultivado recientemente el género biográfico proceden del campo de la historia de las ideas políticas, y no de la historia contemporánea. A ese núcleo dominante, por lo menos en proporción al tamaño de una y otra área, pertenecen los citados Álvarez Junco y Santos Juliá (Lerroux y Azaña), Javier Moreno Luzón (Romanones), Antonio Elorza (Sabino Arana y Ortega y Gasset, aunque *La razón y la sombra* no es propiamente una biografía), Javier Varela (Jovellanos), Mercedes Cabrera (Nicolás de Urgoiti) y J. C. González Cuevas (Ramiro de Maeztu). A la mayoría de ellos se les puede considerar discípulos, directos o indirectos, de José Antonio Maravall, que no fue autor de biografías, pero sí un gran impulsor y renovador en España de la historia de las ideas políticas. Su influencia en la obra biográfica de los autores citados es perceptible en una determinada forma de concebir y practicar el género, convertido en instrumento metodológico al servicio de la historia del pensamiento político y del estudio de los problemas de la modernidad en la España contemporánea, desde la Ilustración hasta la Segunda República, con especial atención a la generación intelectual de 1914.

Mi experiencia como biógrafo se desarrolló en paralelo al trabajo de lo que podríamos llamar “la escuela de Maravall” y, por tanto, no creo que, por lo menos inicialmente, esa forma de entender la biografía ejerciera ninguna influencia en mi trabajo. Las principales referencias con las que contaba al emprender a principios de los años ochenta mi tesis sobre Marchena fueron las biografías de los hispanistas franceses sobre personajes de la misma época, el largo estudio introductorio de Menéndez Pelayo a las obras del abate, la abundante bibliografía, principalmente francesa, sobre la Revolución de 1789 en sus diversas fases –aunque Termidor y el Directorio, que eran las que más me interesaban, eran también las menos estudiadas– y la propia obra de Alberto Gil Novales,

que, contra lo que era habitual entonces, me proporcionó un marco interpretativo más político y cultural que social o económico de la crisis del Antiguo Régimen en España. No hace falta que insista en que la disparidad de estos ingredientes era tal, que el cóctel resultante de mezclarlos sin más hubiera sido indigestible. Tuve que buscar, pues, una fórmula que me permitiera combinar aquello que consideraba más aprovechable de cada parte y rebajar un poco la graduación de algunos ingredientes. Las biografías procedentes del hispanismo francés, aun siendo probablemente mi principal modelo, tenían un sesgo demasiado literario para lo que yo buscaba. Aun así, es posible que la dosis de historia de la literatura y de crítica textual que contiene mi biografía de Marchena resulte excesiva. En esa deriva hacia el análisis de texto influyeron también mi asistencia como doctorando al curso sobre Tocqueville que impartían François Furet y André Jardin en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París (1981-1982) y, sobre todo, la biografía de Menéndez Pelayo, al fin y al cabo la única existente sobre el personaje. Y de ella saqué tres importantes enseñanzas sobre el funcionamiento interno del género biográfico: primero, que la narración es el soporte esencial de una biografía; en segundo lugar, que el género exige un cierto trabajo psicológico con el personaje que permita hacer de su personalidad un marco de referencia relativamente flexible capaz de explicar su comportamiento en circunstancias históricas cambiantes, y, en tercer lugar, que la biografía supone una doble pugna, por un lado, entre el autor y el personaje, y, por otro, entre este último y su época, un aspecto fundamental del género biográfico que en cierta forma nos devuelve a una perspectiva marxista sobre la relación, siempre difícil de graduar, entre el individuo y su medio histórico. Diré más: la biografía suele mostrar, tan bien o mejor que otros géneros, la fuerza extraordinaria que la conciencia de clase tiene en el comportamiento individual.

El libro de Menéndez Pelayo, dedicado a un personaje que estaba en las antípodas ideológicas de don Marcelino, como él mismo se apresura a recordar, es un magnífico ejemplo de la intensidad del pulso que se plantea entre el autor y el biografiado, así como de la vulnerabilidad del primero –incluso en el caso de un autor ideológicamente tan rocoso como Menéndez Pelayo– ante los argumentos históricos y existenciales del segundo. Don Marcelino sucumbe de lleno al irresistible embrujo del abate Marchena, a pesar de sus

intentos reiterados, traducidos en algunas frases rotundamente condenatorias, por escapar a la simpatía que siente por él. Para decirlo claramente, lo que empieza siendo un “ajuste de cuentas” con un representante de la España liberal y heterodoxa se acaba convirtiendo en un caso flagrante de “síndrome de Estocolmo”, una especie de gozoso secuestro del autor por su biografiado. Si la primera ley de oro de toda biografía es huir de la hagiografía, mantener a la debida distancia al personaje y no atribuirle mayor importancia histórica de la que realmente tuvo, la segunda es evitar por todos los medios entablar un pulso con el personaje que al final podemos perder.

No todos los autores de biografías admiten fácilmente el hecho de que hay vida más allá de su personaje y de que éste suele desempeñar un papel secundario o subalterno en los hechos en que intervino. En todo caso, la gran dificultad de todos estos descartes –ni defensa incondicional y a ultranza, ni ajuste de cuentas, ni síndrome de Estocolmo– consiste en que el distanciamiento que nos aconseja la prudencia no debe arrastrarnos al extremo opuesto que supondría escribir una biografía “deshumanizada” a fuerza de vaciar al personaje, en aras de una presunta objetividad científica, de sus sentimientos, de sus razones y de sus emociones. Sin todos estos elementos no hay biografía, por lo que el mérito del autor debe medirse por su habilidad para conseguir que el personaje respire por sí mismo en el libro y llegue a tener vida propia. Que sea él quien se estrelle contra su época y sus circunstancias, si así lo ha querido. No es, pues, misión del autor ir en socorro de su personaje, disimular sus errores o dar a sus argumentos o a su conducta una coherencia que a lo mejor no tuvieron. Creo, por ello, que se equivocan los historiadores que cifran como objetivo de su trabajo conseguir que en toda la trayectoria del personaje resplandezca una virtud intachable y que todos sus actos, etapas y decisiones resulten plenamente racionales y congruentes, porque el producto final será un individuo de cartón piedra que nadie se podrá tomar en serio. Esta extralimitación del autor suele producirse por una identificación acrítica, generalmente ideológica, con el personaje y por un desconocimiento de la naturaleza del género biográfico que trae consigo un grave error de perspectiva: considerar que el valor de una biografía está en proporción directa al grado de racionalidad histórica que muestra la vida del personaje, dando por sentado que sus dudas e

inconsecuencias no son, en realidad, sino otras tantas pruebas del fracaso del autor para dar pleno sentido a su actuación. A quienes convierten el género en un mero ejercicio historiográfico de “culto a la personalidad” les conviene recordar la definición de Isaiah Berlin del ser humano como un “*frágil junco pensante*”, por lo general, más frágil que pensante.

De ahí la dramática pugna que se entabla entre el personaje y su época, en la que el primero tiende a sobrevalorar su fuerza y a incurrir en errores de cálculo a veces de consecuencias funestas para él. Marchena fue un buen ejemplo de ello. El carácter indómito de su juventud revolucionaria se fue aplacando poco a poco a fuerza de persecuciones, destierros y desengaños. “*Si el tiempo no calmó del todo la cabeza de Marchena*”, dirá el abate Muriel, “*por lo menos la aquietó mucho*”. Él mismo admitió en alguna carta particular que tanta persecución y tanto infortunio habían acabado por hacer mella en su espíritu altivo y provocador, y que a cierta altura de la vida, y al hacer balance de lo mucho que le había dado a la revolución y lo poco que había recibido de ella, el cuerpo le pedía disfrutar, como mínimo, del sosiego del que hasta entonces había carecido. Así se lo reconoció en 1799 al famoso abate Sieyès al implorarle un cargo, un sueldo o un empleo cualquiera, a cambio de los favores políticos que estimara oportunos, para poder vivir tranquilamente dedicado al estudio y al ejercicio de su vocación intelectual. Marchena sabía lo que decía cuando, poco antes de morir, en un pasaje de sus *Lecciones de filosofía moral* destacaba el profundo conocimiento de la naturaleza humana que hay en el Quijote, que se muestra en todo su esplendor, según él, en las impurezas y contradicciones de un carácter forjado según el modelo de vida ejemplar que persigue y practica el protagonista. También los personajes históricos deben poner al descubierto en sus biografías que nadie “*en todos los lances de la vida*”, como dice Marchena, “*es constante con su propio carácter, que los más sabios y los más esforzados adolecen en ciertos instantes de las flaquezas de la humanidad*”, a las que, según el abate, “*nunca puede quedar inmune un mísero mortal*”. No es nada común en este sentido el caso del individuo catapultado a un papel protagonista de la historia y que, en el apogeo de su fama, afirma, como Rafael del Riego en 1822, “*yo nada valgo*”.

Aunque situada casi un siglo y medio después, la trayectoria del escritor y político socialista Luis Araquistáin (1883-1959) nos muestra,

como la de Marchena, una voluntad tenaz de cambiar el curso de la historia, el reconocimiento en un momento dado del fracaso de ese empeño y la voluntad de reorientar su vida por un cauce más confortable y menos turbulento. La principal razón por la que, unos años después de acabar la biografía de Marchena, me interesé por la vida y la obra de Araquistáin fue el fácil acceso a sus papeles personales, que tras su adquisición por el Estado a principios de los años ochenta quedaron depositados en el Archivo Histórico Nacional: artículos de prensa, ensayos históricos, textos políticos, originales de sus obras de ficción, discursos y, sobre todo, su abundantísima correspondencia personal del exilio, que permitía reconstruir casi día a día esta última etapa de su vida. Era el material soñado por cualquier historiador interesado en el género biográfico, con la salvedad y el posible hándicap de que la mayor parte de estos papeles correspondía a los últimos veinte años de su vida. Aparte de ésta, tenía otras buenas razones para abordar la biografía de Araquistáin, desde mi interés por la generación intelectual de 1914 y por la historia de la Segunda República, en la que, entre otros cargos, fue embajador y diputado, hasta su pertenencia a una tradición revolucionaria que en España resulta inseparable, desde los tiempos de Marchena, de la experiencia del exilio. Había además una curiosa coincidencia en la admiración de Menéndez Pelayo por Marchena y en la de Araquistáin, no menos paradójica, hacia don Marcelino, al que, siendo embajador de la República en Berlín (1932), dedicó una conferencia en la Universidad de Jena que, por su tono encomiástico, produjo verdadero estupor en España. No era fácil explicar, efectivamente, aparte del paisaje – los dos habían nacido en Cantabria–, qué podía llevar a un socialista rayano entonces en el leninismo como Araquistáin a sentir tal admiración por el máximo representante cultural de la España más tradicional y católica.

Historias cruzadas, pues, las de Marchena, Menéndez Pelayo y Araquistáin, que nos sitúan en los caminos caprichosos por los que discurre la peripecia histórica del individuo, portador de sentimientos contradictorios que a veces escapan a su control. Marchena y Araquistáin tenían también en común el haber militado en la España vencida y perseguida y haber pagado un alto precio personal. Si el primero de ellos hizo responsable de sus penalidades no sólo a los enemigos naturales de la revolución, sino también al jacobinismo por sus excesos y su ofuscación sectaria, el segundo hizo lo

propio con la izquierda revolucionaria de su tiempo y, lo mismo que Marchena se convirtió en un furibundo antijacobino, Araquistáin devino en un anticomunista acérrimo. Mi planteamiento de la biografía de este último tenía que ser, sin embargo, muy distinto, en primer lugar, porque disponía de un bien tan preciado como eran sus papeles personales –en particular, su correspondencia– y, en segundo lugar, porque la mayor parte del material disponible correspondía sólo a la última fase de su vida. Ante la dificultad de documentar con otras fuentes su trayectoria anterior a 1939 –cosa que, por la casi desaparición del resto de su correspondencia, resultaba imposible y hubiera derivado en una biografía muy descompensada–, pretendí hacer de la necesidad virtud: puesto que él mismo, al abandonar España en 1939, declaró en una carta su intención de iniciar una nueva vida, convertí al Araquistáin del exilio en un nuevo personaje que rompe con su pasado y asume a los cincuenta y seis años el difícil reto de reinventarse a sí mismo. Tarea ímproba, a la que se lanzó con la ilusión y la ingenuidad de un adolescente y que acabó en un estrepitoso fracaso. Ni las circunstancias históricas –el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la larga duración de la dictadura de Franco– le ayudaron en su propósito, ni en su vida personal tuvo la suerte que le faltó en su actuación política e intelectual: su mujer murió de leucemia en 1942 y su hija Sonia se suicidó tres años después. A partir de entonces, Araquistáin se convirtió en un superviviente profesional, que dedicó los años siguientes, hasta su muerte en Ginebra en 1959, a trabajar a destajo como periodista político, a disfrutar de algunos pequeños placeres de la vida, como los viajes, el coleccionismo y la compraventa de libros antiguos y obras de arte, y a desarrollar una labor política en la sombra, como defensor de un socialismo atlantista y anticomunista, enfocada a transmitir al socialismo español su propio sentido de la supervivencia. El exilio fue para él un gran naufragio colectivo y, como dijo un escritor español y recordó el propio Araquistáin, en los naufragios no se eligen las playas. A él, la corriente –una cierta corriente histórica que empieza en mayo de 1937– le llevó a la playa del anticomunismo, y en ella se instaló como una especie de Robinson Crusoe del socialismo español a la espera de tiempos mejores que, por desgracia para él, llegaron demasiado tarde.

Siempre que pudo rehuyó un lugar en primera línea de la lucha política y prefirió actuar desde un segundo plano como ideólogo y

estratega, y no por cobardía, sino por saberse mal orador –un hándicap considerado entonces insalvable para desempeñar un papel político relevante– y por una propensión incorregible al maquiavelismo de salón. Así fue cuando, en los años treinta, pasaba por ser el principal consejero de Largo Caballero, en cuyo “giro bolchevique” de 1933 tuvo Araquistáin una influencia decisiva, y así fue también en la posguerra, cuando intentó orientar a los dirigentes socialistas del momento –Indalecio Prieto y, sobre todo, Rodolfo Llopis– hacia una política descarnadamente pragmática que, en su opinión, sería más eficaz en la lucha contra Franco que el fundamentalismo republicano y revolucionario de otras opciones del exilio. Entendimiento con los monárquicos, atlantismo a ultranza, anticomunismo, propuesta de reconciliación nacional –diez años antes que el PCE–, aceptación de la monarquía como alternativa al franquismo, revisión hipercrítica del maximalismo de la República –él, que tanto había criticado su moderación burguesa... Si a todo ello añadimos su apuesta, veinte años antes de Suresnes, por un Partido Socialista refundado en el interior, rejuvenecido por las nuevas generaciones y liberado de los traumas y mitos del exilio, se puede entender que en algún momento de mi libro presente al personaje como el “eslabón perdido” que engarza el socialismo de los años treinta con la generación que participó en la Transición democrática y llegó al poder en 1982.

Puede que este perfil político e intelectual incurra en el vicio que antes censuraba en aquellas biografías en que los autores atribuyen a su personaje una clarividencia fuera de lo común y una intervención decisiva en los destinos de la humanidad. Nada más lejos de mi intención que hacer de Araquistáin “el hombre que sabía demasiado” de la historia contemporánea de España. Al contrario, lo más fascinante de su caso es la extraña mezcla de errores monumentales y aciertos sorprendentes en sus análisis y predicciones políticas. Se equivocó rotundamente, por ejemplo, en la *hoja de ruta* hacia la revolución social que contribuyó a cartografiar en los años treinta –“¿no le parece que fuimos unos bárbaros?”–, le preguntará a Juan Marichal en 1959– y, en cambio, en la posguerra esbozó en cartas, artículos y conferencias el futuro del socialismo y de la democracia en España con una precisión más que notable. Pero hay una peligrosa línea interpretativa que confío en que mi biografía de Araquistáin

no llegue a traspasar: aquélla a partir de la cual pasamos de la capacidad del personaje de predecir ciertas tendencias históricas a la capacidad de orientar la historia en esa dirección; y no hay motivos para afirmar que un intelectual relativamente aislado como él pudiera influir en las futuras generaciones políticas, salvo en algunos actores secundarios de la Transición, como Antonio López García o Raúl Morodo, en los que consta que ejerció algún tipo de influencia. Más que una interpretación presentista de su pensamiento político, el principal problema que plantea mi biografía es una posible sobredosis de existencialismo, no tanto en el sentido filosófico –aunque Araquistáin era un gran seguidor de esta corriente– como en la interrelación constante que establezco entre su drama personal, provocado por el desarraigo, el fracaso, la soledad y la muerte, y su orientación intelectual y política, presidida por una firme voluntad de luchar contra el desarraigo del socialismo español de la posguerra, contra su soledad política y su sensación de fracaso histórico y contra la muerte por consunción a la que, según sus propias palabras, estaba condenado el exilio republicano. De ahí, una dimensión metafísica de su visión del destino histórico de España que continúa, aunque exacerbada por las circunstancias de la guerra y la posguerra, el discurso esencialista del regeneracionismo español que tanto había influido en él desde su juventud.

No extrañará que diga que la biografía de Araquistáin me llevó a la de Largo Caballero, aunque es muy posible que de no mediar un encargo editorial, en parte debido a mi libro sobre Araquistáin, jamás me hubiera planteado escribirla. Por lo demás, las fuentes de las que disponía para escribir la biografía de Caballero se parecían muy poco, en cantidad y calidad, a las que manejé en mi investigación sobre Araquistáin. Se trataba sobre todo de documentación sindical y política, apoyada en algunos papeles personales –de nuevo, casi todos del exilio– y en el marco general que me proporcionaban las memorias escritas por Caballero en 1945 y que, como siempre ocurre con este tipo de fuentes, funcionaban como un arma de doble filo, en la medida en que el autor puede quedar prisionero de una interpretación de los hechos forzosamente interesada. Ni por la relativa pobreza de las fuentes primarias ni por el carácter extremadamente reservado del llamado Lenin español, resultaba fácil acceder a su personalidad más íntima, de manera que mis dos principales vías de acceso

a ella fueron los testimonios de sus contemporáneos y su propia autobiografía, que en muchas ocasiones utilicé como un negativo fotográfico de su personalidad. Con todo ello, más el resto de sus escritos y discursos –recientemente editados en siete volúmenes–, algún material sobrante de mi biografía de Araquistáin y una abundante documentación relativa a la UGT y al PSOE y a su propio papel como dirigente socialista conservada en las fundaciones Pablo Iglesias y Largo Caballero (Alcalá de Henares y Madrid), compuse una biografía del personaje muy ceñida a su medio social y político y que alcanza su clímax histórico en los años treinta y, en particular, entre 1933 y el primer año de la Guerra Civil, durante el Gobierno presidido por él. Como en el caso de Araquistáin, también aquí hay un antes y un después de mayo de 1937.

El riesgo de semejante enfoque era caer en un determinismo histórico que acabara ahogando al personaje, convirtiendo la biografía de Largo Caballero en un mero apéndice de la historia del socialismo y de la clase obrera española; riesgo propiciado por la escasa información disponible sobre su vida personal y por su propio empeño en convertir su existencia y la del socialismo español en vasos comunicantes. Para completar la construcción del personaje e insertarlo adecuadamente en su medio resultó fundamental la aportación de los estudios que Manuel Pérez Ledesma y Santos Juliá han dedicado a la cultura del socialismo español, cultura societaria, más que política, que nos sitúa de lleno en el medio social en el que vivió Largo Caballero: la clase trabajadora madrileña, principal cantera, durante mucho tiempo, del socialismo español y de la que surgió también su maestro Pablo Iglesias. Si mezclamos la cultura socialista –códigos de conducta, sistema de valores, visión del mundo, una cierta idea de la predestinación histórica...– con los rasgos más íntimos de la personalidad de Caballero –su puritanismo, su *ethos* del trabajo y su concepción de la clase obrera como comunidad de destino–, el resultado es lo que yo llamo en mi libro un “*calvinismo de izquierdas*”. Que un hombre como él, que, según su propia confesión, no leyó *El capital* hasta los sesenta y un años y que aceptó gustoso el puesto de consejero de Estado bajo la dictadura de Primo de Rivera, pasara a la posteridad como el “Lenin español” no deja de ser una ironía de la historia, como lo fue que un personaje como Marchena, que hizo del ateísmo un estilo de vida, llegara a ser conocido como el abate

Marchena. De ahí mi interés en empezar la biografía de Caballero con un capítulo introductorio que aclarara –creo que definitivamente– el origen de un mote y un mito tan poco apropiados a su personalidad y a su trayectoria política anterior a 1933, fecha en que compañeros suyos de la UGT le inventaron el famoso apelativo.

La actuación de Caballero en los años treinta y su brusca transición hacia un socialismo revolucionario de tipo insurreccional demuestran la fuerza incontenible de eso que George Mosse llamó la “*brutalización de la política*”; fórmula que ha hecho fortuna para definir el triunfo de la violencia como valor político supremo en la Europa de entreguerras. Caballero no sólo fue incapaz de resistir esa corriente, que desde 1933 salpicó su lenguaje de apelaciones a la guerra civil, a la dictadura del proletariado y a la insurrección armada, sino que, incurriendo en un error de cálculo de consecuencias calamitosas, creyó poder dirigirla hacia la meta histórica apetecida por él: la superación de la República burguesa, la derrota del capitalismo y la instauración por medio de la violencia de una sociedad sin clases. Pero, como a Caballero le gusta decir en sus memorias, “*el hombre propone y las circunstancias disponen*”. Tal vez por eso, la mayoría de las biografías políticas son historias de perdedores, de personas que en un momento dado de sus vidas dan un paso al frente y que tras muchos años de lucha reconocen la derrota de sus ideales y el fracaso de sus proyectos políticos y personales, sin que sea muy fácil a menudo distinguir los unos de los otros. Esta conclusión puede parecer una obviedad cuando las tres biografías que hemos visto en estas páginas se refieren a personajes que vivieron guerras, persecuciones y exilios por defender un cambio revolucionario, quizás por intentarlo en el momento equivocado o en el país equivocado. Pero ¿no contiene toda biografía una dosis inevitable de fracaso personal? ¿No acabó en fracaso, por ejemplo, la vida del todopoderoso Manuel Godoy, estudiada por Emilio La Parra en la mejor biografía española de los últimos tiempos?

Es posible que todo se reduzca a un determinismo narrativo del género biográfico, que tiende a privilegiar un sentido trágico y fatalista de la historia y prefiere, por tanto, a aquellos personajes que le echan un pulso a su época y acaban siendo arrollados por ella. Los hay, como el propio Godoy, que ni siquiera pretenden nadar contra la corriente, sino, al

contrario, aprovecharse de ella. A su fracaso se añade, por ello, un toque algo grotesco: en los últimos años de su vida, sin dejar de utilizar el título de príncipe de la Paz, Manuel Godoy se veía a sí mismo, según sus palabras, “*miserio, pobre, necesitado*”, privado de su fortuna y de sus títulos, literalmente “en cueros”. Y es que la corriente de la historia cambia frecuentemente de fuerza y de dirección sin que los contemporáneos, que, según Stefan Zweig, viven por definición ajenos a lo que les espera, puedan prever esos cambios y adaptarse a ellos. En los casos de Marchena, Araquistáin y Largo Caballero podemos asegurar que nada sucedió según lo que habían previsto. No deja de ser llamativo que los tres, pese a sus evidentes diferencias históricas, sociales y psicológicas, se sintieran miembros de la clase social elegida para llevar a la humanidad a una nueva edad de oro; el primero de ellos por pertenecer a la clase media –léase burguesía–, que disfruta, según Marchena, del monopolio “*de los conocimientos y me atrevería a decir también [de] las virtudes*”, y los otros dos como cualificados representantes, sobre todo Largo Caballero, de la clase obrera española.

Cuando tales previsiones no se cumplen, la reacción del individuo ante la adversidad consiste en sustituir un determinismo histórico de tipo social o ideológico por una visión fatalista del destino de su país o, muy frecuentemente, de su generación. “*Pocos españoles de la actual generación –escribe Indalecio Prieto en el exilio– estarán libres por la infinita desdicha en que han sumido a su patria. De los que hemos actuado en política, ninguno*”. También Ortega y Gasset se refiere a la suya como una “*generación delincuente*”, pero en otros casos la pertenencia a un determinado grupo generacional se interpreta no tanto en términos de culpabilidad colectiva como de pura fatalidad, como si hubiera generaciones que han venido al mundo a sufrir. “*Pocas generaciones –le dice Araquistáin a Prieto– habrán sido tan trágicas como la nuestra*”. Mi impresión es que cada una de ellas se ve a sí misma como una generación perdida y que en torno al propio concepto generacional se crean vínculos personales y sentimientos identitarios muy poderosos. Es posible que un estudio a fondo del género biográfico realizado sobre una muestra suficientemente amplia confirmara lo que aquí se plantea como una simple hipótesis: que toda biografía política acaba siendo en alguna medida la

historia de un fracaso; que, para justificarlo, el personaje se escuda a menudo en una visión fatalista de la historia, y que en esas ocasiones el concepto de *generación*, fuertemente interiorizado por políticos e intelectuales, permite dar rienda suelta a un narcisismo del fracaso que es como el cumplimiento de un trágico protagonismo colectivo. Como en la vida misma.